

SEMBLANZA

LÉLIA GONZALEZ



LÉLIA GONZALEZ

Lucía Tennina

Lucía Tennina es directora Editorial de Mandacarú e Investigadora Adjunta de CONICET (ILH/FFyL-UBA)

Contacto: luciatennina@gmail.com

Lélia Gonzalez (Belo Horizonte 1935-Rio de Janeiro 1994) fue una de las intelectuales brasileñas más importantes del siglo XX, con un papel decisivo en la lucha contra el racismo estructural y pionera en los debates sobre la relación entre género, raza y clase al proponer una visión afrolatinoamericana del feminismo. Su obra se ha convertido en una lectura imprescindible. “¡Lean a Lélia Gonzalez!”, declaró la filósofa, activista e intelectual afroamericana Angela Davis en una reciente visita a Brasil en 2019.

Su trayectoria se define por el tránsito por diversos campos de saberes, de la filosofía a las ciencias sociales, del psicoanálisis y el marxismo al samba y los terreiros de Candomblé, la juventud negra y, principalmente el feminismo negro. El pensamiento de Lélia González se extiende a la contemporaneidad a partir de sus diferentes aproximaciones a la deconstrucción de nuestra historización eurocéntrica, especialmente el legado de las mujeres negras, símbolos de resistencia en esta historia.

Lélia González dio voz al *pretuguês* y acuñó el término *América Ladina*. Esos son sus dos conceptos que más circulación alcanzaron, iluminando zonas invisibilizadas de nuestros territorios.

Por un lado, dio lugar a la oralidad borrada por el letradocentrismo americano, que se encargó de darle cuerpo no solo a partir de una palabra, sino que también la hizo entrar en su propio discurso académico, ampliando así el abanico de lo que se entiende por formas de producir conocimientos. El *pretuguês* es un legado de las lenguas africanas que hablaban las personas secuestradas para ser esclavizadas en lo que para los europeos era el “Nuevo Mundo”. En palabras de Lélia:

lo que llamo “prietuguês” [*pretuguês*] y que no es más que una marca de la africanización del portugués hablado en Brasil (sin olvidar que el colonizador llamó “prietos” a los esclavos africanos y “CRIoulos” a los nacidos en Brasil) se verifica fácilmente, sobre todo en el español de la región del Caribe. El carácter tonal y rítmico de las lenguas africanas traídas al Nuevo Mundo, así como la ausencia de ciertas consonantes (como la L o la R, por ejemplo), subrayan un aspecto poco explorado de la influencia negra en la formación histórico-cultural del continente en su conjunto (y todo eso sin tener en cuenta los dialectos “criollos” [*crioulos*] del Caribe). Similitudes aún más evidentes se comprueban si nuestra mirada se vuelve hacia la música, las danzas, los sistemas de creencias, etcétera. Es innecesario decir cuán encubierto es todo esto por el velo ideológico del blanqueamiento, es reprimido por clasificaciones eurocéntricas tales como “cultura popular”, “folklore nacional”, etc., que minimizan la importancia del aporte negro. (p. 212)

El portugués que se habla en los países que fueron colonizados, así como el español que hablamos en el resto de nuestra América, están atravesados por una africanidad que el relato racista de la historia se encargó de “reprimir” y que Lélia se ocupa de nombrar. Este mecanismo psicoanalítico pone en evidencia que, partiendo de la teoría de que el lenguaje es el ingreso al orden de la cultura, la cultura brasileña es sobre todo negra.

Otra de las categorías claves de Lélia es la de amefricanidad, que también permitió visibilizar geográficamente, aunque con implicancias políticas y culturales, la presencia negra no

solo en Brasil sino en todo el continente. Según Lélia, hablar de América Latina es producto del trabajo del inconsciente blanco y europeo, detrás de esa categoría hay un gesto freudiano de negación, dice la autora, porque no somos latinos sino que somos ladinos y no somos americanos, sino amefricanos. “Hay que asumir el nombre con todas las letras”. América Ladina. No decirlo es parte del trabajo de internalización de la “superioridad” del colonizador por parte del colonizado que históricamente se ha montado desde una forma sofisticada de violencia. “La llamada América Latina, que en realidad es mucho más amerindia y amefricana que otra cosa, se presenta como el mejor ejemplo de racismo por negación.” (p.216). Y esta afirmación tiene, también, un impacto en el propio relato de origen, dado que, en palabras de Lélia, “el término amefricanas/amefricanos designa toda una descendencia: no solo los africanos traídos por el comercio de esclavizados, sino también los que llegaron a América mucho antes que Colón.” (223).

Lélia hace un recorrido para explicar la efectividad del racismo latinoamericano a partir de los mecanismos extremadamente sofisticados no solo ligados a la segregación sino también al inconsciente.

Una vez establecido, el mito de la superioridad blanca demuestra su eficacia a través de los efectos de la descomposición y fragmentación de la identidad racial que produce: el deseo de ser blanco (de “limpiar la sangre”, como se dice en Brasil) es internalizado, con la simultánea negación de la propia raza, de la propia cultura” (220)

Ante esta operación, Lélia da cuenta de la conciencia objetiva a partir de la fuerza de lo cultural, destacando, entre otros, el nombre de Abdías do Nascimento como uno de los ejemplos más importantes en la cultura brasileña. Por otro lado, a lo largo de su obra Lélia se encarga de destacar diversas formas de resistencia, activas y pasivas, entre las cuales se destaca, por ejemplo, el Candomblé, “religión afrobrasileña de origen yoruba y que es prácticamente la cuna de las demás religiones negras de Brasil.” (p.105)

La obra de Lélia apunta de manera nada confusa a una redefinición conceptual del pensamiento partiendo de la base de que, como afirma el filósofo estadounidense Molefi Kete Asante, todo lenguaje es epistémico.

Lélia Gonzalez aporta también los elementos definitorios de la formación del pensamiento feminista negro al punto tal de ser pionera en asumir esa expresión. El tema de la mujer negra tiene una centralidad en su obra y las reflexiones sobre el feminismo negro no solo se expresa en sus pensamientos sino también en sus acciones, a partir de su militancia, su trabajo en la política, en la gestión cultural y en la docencia universitaria.

Sus reflexiones sobre el feminismo por un lado dan cuenta del papel central de la mujer negra en la economía, la historia, los valores y las creencias de Brasil, al tiempo que denuncian el rechazo en sectores que, incluso, se dicen progresistas. En este sentido, por otro lado, su perspectiva sobre el feminismo pone al descubierto las inconsistencias del feminismo blanco:

El atraso político de los movimientos feministas brasileños es flagrante, en la medida en que son liderados por mujeres blancas de clase media. También aquí se puede notar la necesidad de negación del racismo. El discurso es eminentemente de izquierda y pone énfasis en la importancia de la lucha junto a los empresarios, así como de las denuncias y reclamos específicos. Sin embargo, es asombroso el silencio con

respecto a la discriminación racial. Aquí también se nota la necesidad de sacar de vista la cuestión crucial: la liberación de la mujer blanca se viene haciendo a costas de la explotación de la mujer negra. (p.71)

Ante ese silencio de las mujeres blancas de los movimientos feministas, Lélia Gonzalez pone sobre la mesa las discusiones y el desarrollo de una conciencia política feminista respecto al racismo y sus prácticas y sus articulaciones con la explotación de clase.

Su obra *Por un feminismo afro-latino-americano*, organizado por Flávia Rios y Márcia Lima, fue publicada en español en 2023 por la editorial argentina Mandacarú (www.mandacarueditorial.com). En ella se reúnen ensayos, intervenciones, diálogos, entrevistas antológicas y traducciones inéditas producidos durante un período efervescente que comprende casi dos décadas de historia de -1979 a 1994- y que marca las aspiraciones democráticas de Brasil y otros países de la región.

El valor de esta compilación no solamente está en el trabajo fundamental de sus organizadoras, sino en la propia traducción, realizada por el Laboratorio de Traducción de la UNILA, un proyecto de extensión en la Universidad Federal de Integración Latinoamericana (Unila) que funciona de manera colectiva e interdisciplinaria, caracterizado por la diversidad de sus participantes. El libro abre, de hecho, con una “Nota sobre la presente traducción” donde dan cuenta del proceso de traducción y de investigación que realizaron, dejando en claro su postura:

Angela Davis dijo que “En una sociedad racista no basta no ser racista, hay que ser antirracistas”. Con ese espíritu, el Laboratorio de Traducción de la UNILA se ha interesado en analizar, discutir, visibilizar, referenciar, divulgar, acercar, escudriñar obras de mujeres negras, con el deseo de ayudar a revertir la lógica académica eurocentrada-racista que ha desplazado otras voces, otras miradas, otras comprensiones, otros lugares de enunciación, otras realidades, otras historias.

La obra de Lélia Gonzalez no había sido traducida anteriormente. La existencia de este libro que recopila toda su obra se vuelve una necesidad en nuestras tierras amefricanas. Revisitar la producción intelectual y política de Lélia Gonzalez es fundamental para nombrar la raza a nivel continental, articulando voces, formas de resistencia, lenguaje, experiencias políticas y narrativas de pueblos afrodescendientes e indígenas.

